

Tomás M. PIZARRO ROJAS, *El resurgir de la Armada Peruana. Memorias del señor contralmirante don Tomás M. Pizarro Rojas (1884-1971)*. Lima, Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, 2017, 382 p.

Obra editorial del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, con palabras liminares del doctor Héctor López Martínez, representa un nuevo aire en las publicaciones sobre temas navales peruanos. De hecho el valor de la publicación de las *Memorias* del contralmirante Tomás Pizarro radica tanto en el amplio rango temporal como en la minuciosidad y facilidad con las que su autor las escribe.

El eje gira alrededor de su vida como oficial de la Marina de Guerra del Perú, en el lapso que bien puede denominarse como de resurgir y modernización de la Armada Peruana. Se inicia en 1896 y dura hasta su pase a la situación militar de retiro, en 1948. Curiosamente no se encuentran en sus *Memorias* los sucesos ocurridos aquel año con la rebelión aprista en el Callao, donde los buques y el personal de la Marina jugaron un papel primordial.

Sobre las hojas de estas *Memorias* aparecen reflexivas opiniones sobre sucesos y personajes de la historia peruana vistos desde la óptica de un testigo y actor de primer orden. Su sinceridad permite ingresar al sentir personal –y de parte de su generación– sobre lo que ocurría en la Marina y el país. Por ejemplo, cuando se graduó de la Escuela Naval, en 1903, sostuvo que “ya era un profesional en una institución a la que solo le había quedado el nombre” (p. 38). Esto se había debido a las aún palpables consecuencias de la derrota de la guerra iniciada en 1879.

Sin embargo fue su generación sobre la que se apostó por el inicio de la modernización de la Armada: “Ante esta situación, el gobierno, comprendiendo que era imperioso orientar la reorganización de la Armada con un criterio modernista y con personal más capacitado, según los adelantos de la época, resolvió mandar a las promociones que terminaran sus estudios en la Escuela naval a ampliar sus conocimientos en marinas extranjeras amigas” (p. 40).

En ese sentido, los casi cuatro años de sus prácticas en la Real Marina Española brindaron una experiencia de primer mundo que lo preparó para secundar la labor que en la década de 1920 llevó a cabo la misión naval estadounidense contratada por el gobierno de Augusto B. Leguía. Incluso relata la forma poco convencional como conoció al rey Alfonso XIII.

Cabe resaltar que Pizarro y sus compañeros guardiamarinas peruanos pasaron por serios problemas económicos durante un tiempo en la Armada española, experiencia que lo llevó a empeñar su sextante, binoculares y reloj. Subsano este momento, reflexiona diciendo: “Estas nimiedades las consigno para que se tenga en cuenta que, cuando se manda personal naval al extranjero, no debe hacerse con tacañería, pues con tal procedimiento, más que economía, lo que se obtiene es desprestigio” (p. 46).

El estilo jocoso y alegre con que Pizarro relata sus *Memorias* rescata a personajes como al ‘desorejado’ Juan Althaus, al prefecto de Loreto Francisco Alayza Paz-Soldán, al revolucionario Augusto Durand –quien falleció en su camarote a bordo del Almirante Grau–, a Carlos Benjamín Sáenz (‘Pepito Mondoñedo’), a Julio Goicochea, a Manuel Sotil –compañero de promoción–, que leyó su “discurso fúnebre” en 1911 en el contexto del conflicto con Colombia, y que años más tarde, en 1933, lo tildaría de leguista.

La verdad es que Pizarro fue un ferviente admirador de Leguía, quien le reconoció su labor en provecho el país. De hecho, luego de su primer gobierno (1908-1912), “primaron las miserias humanas, primó el concepto de desprestigiar al gobierno anterior” [...] “La malsana política nacional, para desprestigiar la gran figura de don Augusto B. Leguía, se cebó en aquellas unidades [submarinos en proceso de comprar en EE.UU. y un buque en Francia] irrogando un daño inmenso a la Marina de Guerra del Perú” (p. 104).

La búsqueda constante por lograr la modernidad y el prestigio de la Marina de Guerra del Perú, así como su carácter directo, llevó a Pizarro a prisión. Influencias y temores políticos, así como algunas envidias dentro de la institución empujaron su arresto en el Real Felipe, el 26 de agosto de 1918. En sus palabras, estos años coinciden “casualmente con el tiempo en que la Marina quería sacudirse de la inercia de los menos, por el esfuerzo de nuevas generaciones de jefes y oficiales que perseguían para la Armada, el lugar preferencial en la América del Sur que tenía perdido” (p. 129). La lección aprendida de este suceso fue que “pudimos apreciar con orgullo que lo único inmutable y que subsiste en la Armada, es la unión, el compañerismo” (p. 144).

Pizarro tuvo a bien rescatar la actitud de Leguía ante la solicitud de la comisión de marinos (capitán de navío Juan Manuel Ontaneda y los capitanes de corbeta Julio V. Goicochea, Alejandro Vincés, Manuel D. Faura y él mismo) referida a crear el Ministerio de Marina y a la contratación de una misión naval. Era agosto de 1919:

El Presidente nos manifestó que había estudiado el proyecto, que estaba perfectamente de acuerdo en el primer punto, o sea en la creación del Ministerio de Marina y que tuviéramos la seguridad de que así se haría. En cuanto al segundo punto, o sea a la misión naval, dijo que no estaba de acuerdo ni con la nacionalidad ni con las atribuciones que debía dársele a esa misión, que si queríamos verdaderamente el progreso de la Marina, teníamos que renunciar a las susceptibilidades; que él opinaba por una misión americana completa, pero no como asesores, sino como mando efectivo, única forma de lograr una verdadera y real reforma y evolución de métodos de que tanto necesitaba la Marina. Tanto el comandante Ontaneda como los demás comandantes que integrábamos la Comisión, abandonamos el Palacio emocionados y agradecidos al Presidente por sus buenos deseos en bien de la armada. (p. 153)

Datos curiosos y que ahora nos parecen cotidianos desfilan por las líneas de Pizarro. Por ejemplo, nos relata que el 8 de octubre de 1927 fue la primera ocasión en que se llevó a cabo la ceremonia patriótica al pie del monumento del Almirante Grau en el Callao, a la cual asistió el Presidente de la República. Cabe mencionar que él era el presidente del Centro Naval del Perú, encargado de su organización.

La caída del Oncenio y la campaña contra todo lo que se relacionaba con él son tratadas con sinceridad personal por el memorialista, quien, por ejemplo, nos cuenta que a la despedida de uno de los “benefactores” de la Marina, capitán de navío Charles Gordon Davy [de la misión naval estadounidense], fueron solamente dos marinos: Roque Saldías y él.

Los detalles de la adquisición de los dos destructores a Estonia –comisión que Pizarro presidió– reflejan el grado de “descuido en mantener un poder naval suficiente para hacerse respetar en cualquier caso de emergencia” (p. 215). Al parecer esta misión estuvo cargada de envidias, malas intenciones o, por decir lo menos, ignorancia por parte de otros marinos, los que el mismo Pizarro menciona. Todo ello bien puede servir de lección aprendida al día de hoy. Desgranar las miserias en beneficio de aprender de ellas es un aporte de esta obra.

Detalle curioso de este viaje fue que a la altura del canal de Kiel, los peruanos recibieron “una invitación del señor Hitler, por conducto de nuestro embajador señor Gildemeister, para que mi división se quedara unos días en Kiel..., pero en las condiciones en que navegaba, no estaba para recibir tales atenciones, así que me excusé” (p. 222).

Los mensajes de vida que nos deja el contralmirante Tomás Pizarro Rojas son dignos de leer y considerar, puesto que fue él mismo un hombre de uniforme naval con una vida de anhelos, angustias y amarguras, como la tenemos los marinos de este siglo. Tal como sostuvo:

El hombre marcha cayendo y levantando, y rara vez llega a la cima sin haber rodado unas veces hacia abajo y teniendo que volver a comenzar el ascenso, sin amilanarse ni desalentarse con los primeros obstáculos. Así es la vida y esto enaltece cuando se llega con éxito al final. (p. 245)

Para concluir, recomiendo vivamente la lectura de estas memorias por su sinceridad, su alegría, su testimonio y valentía de inmortalizar hechos de nuestra historia naval de una forma tan amena, personal y trascendente. En un medio donde son muy pocos quienes tienen la iniciativa y el coraje de plasmar en blanco y negro sus recuerdos y juicios, obras como esta resplandecen debido a su liderazgo, motivación y enseñanza.

Michel Laguerre